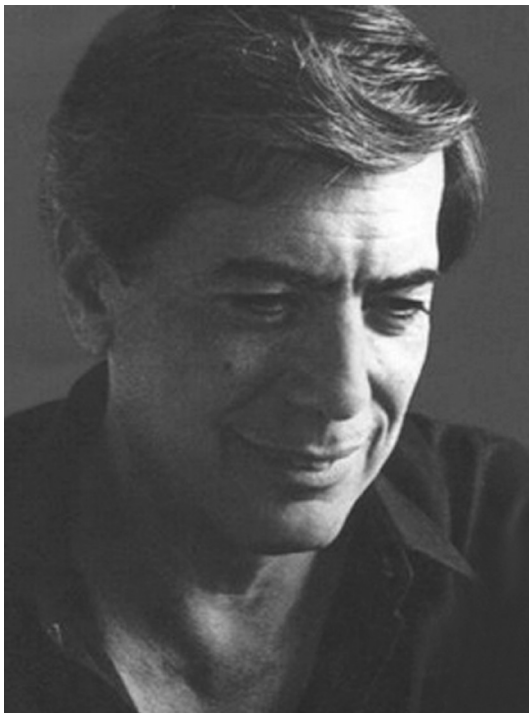


El sutil veneno de la perennidad

Eloy Jaúregui



Para los que amamos la crónica periodística como un pretexto para escribir literatura, encontramos en *El lenguaje de la pasión* una original provocación. Se escribe como se vive. Unos de manera turbia y otros tratando a sangre y fuego de encontrar la luminosidad. En Vargas Llosa cito tres libros que rasuran la pelambre de lo cotidiano. Son artículos abigarrados de rabia y belleza, tres conjuntos de ensayos —aquella literatura de las ideas—, agrupados en *Contra viento y marea*, *Desafíos de la libertad* y, por cierto, *El lenguaje de la pasión*.

De este último dirá Vargas Llosa: “Los textos que componen este libro son una selección de los artículos que aparecieron en mi co-

lumna Piedra de Toque, en el diario *El País*, de Madrid, y en una cadena de publicaciones afiliadas, entre 1992 y 2000. Desde niño me fascinó la idea de esa ‘piedra de toque’ que, según el diccionario, sirve para medir el valor de los metales, una piedra que nunca vi, que todavía no sé si es real o fantástica. Pero el nombre se me impuso de inmediato a la hora de bautizar mi columna periodística. Una columna en la que, un domingo sí y otro no, me esfuerzo por comentar algún suceso de actualidad que me exalte, irrite o preocupe, sometiéndolo a la criba de la razón y cotejándolo con mis convicciones, dudas y confusiones”. Se entiende. Vargas Llosa está jodidamente condenado a escribir cada día. ¡Pero, vamos! Es una orgiástica penitencia.

Existe la foto. El rescate gráfico es del artista periodístico Heduardo. Mario Vargas Llosa tiene 18 años (1954) y escribe en una vieja máquina Remington en la redacción del diario *La Crónica*. Ahí luce el mismo perfil. Narigudo y dientes de conejo. Camisa manga corta, reloj, lapicero en el bolsillo y la mirada amarrada a esa cuartilla palpitante —supongo— en medio del tráfico del diario, que aguarda la escritura de esa impronta que, pasados casi sesenta años, hoy se erige como la mejor del mundo.

El texto periodístico vargasllosiano no tiene nada de enigma. Al contrario, es calistenia escrital, lecturas pasionales, rigor por la precisión en la información. Aquello que se le exige a todo periodista. La ecuación es: disciplina, severidad y una pizca de talento. Cito a Vargas Llosa en esta ‘caza’ de citas y quien

parafrasea a Flaubert: "Escribir es una manera de vivir y esa sentencia es absolutamente exacta. Mi manera de vivir es escribir, mi vida entera está organizada en torno a mi trabajo. Yo nunca dejo de escribir". ¿Flaubert? ¿Sabrá algún profesor de colegio quién diablos es Madame Bovary? Bien, el escritor francés es (fue) la luz de Vargas Llosa. ¿Un maestro de escuela sabrá de *La orgía perpetua*? Lo dudo, como cantaban Los Panchos.

En otra foto lo veo a sus setentaitantos años en el Congo —acopiando información para su reciente novela *El sueño del celta*—. Entre esta y la otra foto pasó un poco más de medio siglo. ¿Escribiendo? Sí. Y sigue. Y es admirable. Y es ejemplo. No comparto sus ideas políticas. Ya habrá tiempo para ese desahueve. Pero como periodista, Vargas Llosa es irreprochable. Y como deicida —ese que niega la creación de Dios— es genial al fundar un universo propio. Cito: "El hombre era alto y tan flaco que parecía siempre de perfil. Su piel era oscura, sus huesos prominentes, y sus ojos ardían con fuego perpetuo...". Carajo, ni la Biblia.

Vallejo y Mariátegui fueron antes que cualquier cosa, también periodistas. ¿Merecían el Nobel? Sí. Entonces me aseguro: El periodismo mejora la calidad de vida e incluso, educa. ¿Y en el Perú de hoy? Otra vez, en bolero, lo dudo. Qué hacer, como diría Lenin. Leer a Flaubert y hartó Vallejo. Pensar que se puede ser feliz trabajando en periodismo. Que sea una pasión. Que obligue a ser honesto. Que disuelva las intolerancias. Que nos atiborre de sensibilidad, ternuras y libertad. ¿Se puede? Sí. Vargas Llosa lo acaba de instituir.



Al ser hombre de sentencias, en su "Elogio de la lectura y la ficción" Vargas Llosa decía: "Aunque me cuesta mucho trabajo y me hace sudar la gota gorda, como todo escritor, siento a veces la amenaza de la parálisis, de la sequía de la imaginación, nada me ha hecho gozar en la vida tanto como pasarme los meses y los años construyendo una historia, desde su incierto despuntar, esa imagen que la memoria almacenó de alguna experiencia vivida, que se volvió un desasosiego, un entusiasmo, un fantaseo que germinó luego en un proyecto y en la decisión de intentar con-

vertir esa niebla agitada de fantasmas en una historia.

“Escribir es una manera de vivir”, dijo Flaubert. Sí, muy cierto, una manera de vivir con ilusión y alegría y un fuego chisporroteante en la cabeza, peleando con las palabras díscolas hasta amaestrarlas, explorando el ancho mundo como un cazador en pos de presas codiciables para alimentar la ficción en ciernes y aplacar ese apetito voraz de toda historia que al crecer quisiera tragarse todas las historias. Llegar a sentir el vértigo al que nos conduce una novela en gestación, cuando toma forma y parece empezar a vivir por cuenta propia, con personajes que se mueven, actúan, piensan, sienten y exigen respeto y consideración, a los que ya no es posible imponer arbitrariamente una conducta, ni privarlos de su libre albedrío sin matarlos, sin que la historia pierda poder de persuasión. Y remataba con una media verónica el Nobel: “Es una experiencia que me sigue hechizando como la primera vez, tan plena y vertiginosa como hacer el amor con la mujer amada días, semanas y meses, sin cesar”.

Y si el Perú es un mapa de tesoros e inopias, invisibles y subrepticios para corsarios y escritores, para Vargas Llosa también resulta el escenario de fracturas tectónicas, arañazos institucionales y, por qué no, también de crestas huesudas. Tocas con tu meñique y salta la pus, ya lo dijeron. ¿Leguía? Sí, pero antes. ¿Fujimori? Más y sigue. De ahí el mérito de Vargas Llosa. Hace novela investigando. Odría en *Conversación en La Catedral* está retratado tal cual, el sátrapa que fue. Y de la última, *El sueño del celta*: el irlandés Roger

Casement —personaje de la poética del concienzudo— es el redivivo Conrad en el mismo corazón de las tinieblas.

Vargas Llosa, como a la Señorita de Somerset, persigue a este Casement que fue ese paladín que se trincó a decenas de nativos en aquel Congo de principios del XX —ahí el rey Leopoldo II de Bélgica, se dice, mató a quince millones de nativos— contra el tejido de tarántulas, el cenagal de cocodrilos y la charca de colonos miserables. Y era marica. Y está retratado con fogosidad y arrebatos en la última novela de nuestro Nobel. Librazo de jijuneta. Texto para colegio y pinacoteca. Casement investigado como se debe sondear a un alma dificultosa. ¿Quién no lo es? Digo, acaso no es el mismo Julio César Arana (Rioja 1864 - Magdalena del Mar 1952). Curioso, el peruano nació el mismo año que el irlandés pero pateaba con la otra pierna. Pero como el Casement, Arana fue un Coronel Kurtz, no en Camboya sino en el Putumayo. Y forjó un imperio a partir de la Peruvian Amazon Company, con matriz en Londres. El inmenso Mark Twain lo ubica como un criminal; el juez Carlos A. Valcárcel, en su formidable texto, lo pinta como un genocida, y Richard Collier lo llama “El barón del caucho”.

Arana es una sombra que me persigue. Supongo que Vargas Llosa lo sabe y también lo tiene en la mira. Y como él, hay otros sujetos dignos de estar ajusticiados por la pluma del periodismo y la no ficción. Hiram Bingham —se tiró 46.332 piezas arqueológicas de Machu Picchu—, por ejemplo. Y acaso el ladrón Mariano Ignacio Prado, quien desertó de las funciones de Presidente del Perú, no

merece estar en ese listado de nuestra historia nacional de la infamia. Cierto. No hablo de Fujimori, que ese es carterista. Digo, que 'el celta' de Vargas Llosa es una provocación para hacer del periodismo un ejercicio de dignidad y honradez. Ahí la prensa y la poesía son la mejor erótica de nuestra quimera realmente existente.

Yo recuerdo aquella frase "vuelta de espaldas a la problemática más viva y urgente de la sociedad peruana", que pronunció Vargas Llosa en 1997, cuando recibió el título de doctor honoris causa en nuestra Universidad de Lima. En esa ocasión su discurso fue conmovedor. Nos decía a los que escribimos y que ayudamos a que los jóvenes aprendan a manejar también aquel "lenguaje de la pasión", que ese alejamiento de otrora entre la ley de la calle y el rigor de la cátedra, hoy felizmente había desaparecido. Tenía toda la razón. Yo lo vivo a diario al conversar con los alumnos que

llegan ásperos desde Los Olivos y fragantes de allá al sur, en "Eisha".

Entonces termino con una de sus frases: "Un escritor tiene la ventaja de que puede convertir un fracaso en materia literaria, y eso lo alivia. La escritura es una venganza, un desquite de la vida [...]". Para hacer todo eso ha sido preciso "[...] mantenerse en forma, cuidarse, viajar, a Palestina, a Irak, a Afganistán, ha sido preciso ir al Congo, al Amazonas, al Pacífico en busca de Gauguin. La verdad es que no he parado. Y no pienso parar. Mientras tenga ilusión y curiosidad y me funcione la cabeza, que de momento creo que me sigue funcionando. La vejez no me aterroriza mientras pueda seguir desplazándome. Me acerco a la muerte sin pensar en ella, sin temerla. Mientras trabajo me siento invulnerable". Eso y esto es el amor a la página en blanco, aquella que tenemos que embarazar dulcemente con 'el sutil veneno de la perennidad'.